

Sextilia fué la primera que se arrastró de rodillas hasta donde estaba el venerable siervo de Cristo y le decia plegadas las manos :

— Cómo te llamas, anciano? Dime tu nombre para que lo bendiga!

— Siriaco, — contestó el viejo.

— Oh! Siriaco! no se me olvidará. Y dime, anciano, dime el nombre de tu Dios para que sea el mio.

— Cristo, — dijo lacónicamente el anciano.

— Cristo! Cristo! Yo quiero ser su sierva de aquí en adelante; quiero como tú conocer su omnipotencia, hacerme digna de su amor y de su cielo!

En aquel instante, Cornelio prosternándose humilde ante Siriaco, le dijo con voz dulce :

— Bendíceme, Siriaco! yo quiero ser cristiano!

Y los hombres que se habian postrado de hinojos, plegaron sus manos y alzando sus miradas al cielo exclamaron todos :

— Nosotros queremos ser cristianos!

Pocos momentos despues, la nube negra habia desaparecido y la niebla iba adelgazándose gradualmente hasta quedar como una gasa á través de la cual se veia el azul del cielo resplandeciente de luz; el templo habia quedado desierto; la multitud habíase fugado...

Solo quedaban en el valle un grupo de hombres que rezaban repitiendo las palabras del anciano.

La nueva del prodigio se estendió por toda la poblacion con la misma velocidad con que el rayo desprendido de las nubes habia derribado la estatua de Proserpina.

Muchos se presentaron en tropel á Siriaco que era un sacerdote de Sevilla demandando ser iniciados en los misterios cristianos. A todos les acojió el humilde sacerdote de Cristo, á todos les impuso en los sublimes y grandes misterios de la religion que contaba al Hijo de su Dios entre sus primeros mártires.

Siriaco pidió permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina y consagrarlo á Jesus y á su divina Madre. Facilmente lo obtuvo. Ninguno de los idólatras sacerdotes se atrevió á influir para que se negara á los cristianos el templo del cual un rayo del cielo habia arrojado la estatua de la indigna diosa.

Siriaco, pues, consagró el templo y en él fueron celebrados los oficios divinos, en él fué conocida por vez primera en Palos la religion del sublime Crucificado.

Poco despues de haberse bendecido el templo, dos jóvenes se arrodillaban ante la cruz salvadora y pedian al Señor que protejera su enlace.

Eran Cornelio y Sextilia que habian mudado sus nombres en Pablo y María.

Siriaco unió sus manos como ya estaban unidas sus voluntades, Siriaco imploró para ellos la bendicion del eterno, y la bendicion bajó sobre ellos envuelta en la dicha y felicidad que nunca de gozar cesaron.

III.

RESÚMEN HISTÓRICO.

Los romanos, que se habian impuesto al mundo por el hierro, por el hierro desaparecieron del mundo.

Los cartagineses habian sido su capitolio, los bárbaros debian ser su roca Tarpeya.

Corria el tercer siglo cuando Roma, cara á cara con los bárbaros, tuvo que empezar esa lucha gigantesca que debia serle tan fatal, y presentar á los siglos venideros el espectáculo de un leon acorralado defendiéndose á un tiempo de todos sus enemigos, y á un tiempo arrojando el último suspiro por las abiertas bocas de cien heridas.

Los francos, los sajones, los alemanes, los godos y otros pueblos mas salvajes aun, los vándalos, los lombardos, los herulos, los hunnós, se agrupan como una muchedumbre furiosa á las fronteras del imperio. Roma se encuentra frente á frente de los godos á orillas del Danubio.

Por espacio de dos siglos el mundo resuena con el choque de sus armas.

Llega un día en que los godos proclaman por su rey á Alarico, y Alarico empieza su reinado jurando la guerra á Roma.

Nunca juramento alguno ha sido observado con mas tenacidad, con mas insistencia, con mas decision.

A la cabeza de los suyos, Alarico se precipita como un torrente sobre la Italia, pero junto á los muros de Polentia encuentra una derrota al encontrar á Stilicon, y sus tropas se le desbandan vencidas bajo las murallas de Verona. Replega el monarca bárbaro los restos de su ejército y se retira á Grecia.

Dos años despues, vuelve á empuñar las armas y cuatrocientos mil hombres atraviesan en pos suya los Alpes, pero tropiezan con la misma muralla de hierro, con Stilicon que les dispersa con un puñado de gente. La Italia se ve segunda vez salvada, pero las otras provincias quedan de todo punto invadidas.

El Imperio se desmorona pieza á pieza.

Muerto Stilicon, el único enemigo á quien Alarico teme, el godo se arroja por tercera vez sobre Italia y esta vez llega hasta Roma y fija ante sus muros las estacas de sus tiendas.

La ciudad de los Césares tiene que entrar en pactos con él y Alarico se aleja, pero no siendo despues obedecidos sus tratados, se enciende en furor como brota repentinamente la llama de un tizon medio apagado, y marcha de nuevo contra Roma.

El gran cuadrante de los siglos ha dejado oír la hora fatal; el 24 de agosto de 410, Roma ha sido ganada ó vendida; unos estandartes estraños que flotan desde el primer sonris del alba en la cúpula del capitolio, anuncian al mundo y al porvenir que la ciudad de los Césares ha cambiado de señores.

Seis dias de saqueo entregan Roma, la orgullosa y triunfante Roma á los bárbaros que pisotean sus glorias mientras se entregan á su orjía de sangre y de desenfreno.

Muerto Alarico, Ataulfo recoge su herencia y pasa á España donde combate y vence á los Suevos, á los Alanos y á los Vándalos.

La historia de los godos empieza entonces á confundirse con la de España.

Cediendo á la dulzura del clima, los reyes godos orgullosos con su prosperidad y sus riquezas, contraen vicios que no tenían cuando eran bárbaros. Rodrigo, el último de ellos, va de orjía en orjía así como iban sus antecesores de victoria en victoria.

Enamorado perdidamente de Florinda, la obliga á ceder á sus torpes deseos,

y la violada jóven se arroja á los piés de su padre el conde Don Julian para que vengue el ultraje hecho á su honra por el monarca.

Don Julian, irritado, ciego de cólera, sediento de sangre y venganza por el ultraje recibido en el honor de su familia, vuelve en torno los ojos para ver á quien puede encargar su venganza y ve á los moros al otro lado del estrecho.

Hace pactos con ellos, y la historia tiene entonces que escribir otra nueva invasion: la de los árabes.

España sucumbe orillas del Guadalete.

En el interin — y volvamos ahora á la historia de nuestro convento, — la iglesia consagrada por Siriaco no dejó de celebrar jamás sus divinos oficios. En aquel templo, perdido en un rincón de Andalucía, ardia pura y constante la antorcha de la fé mientras que los bárbaros se disputaron el mundo, y si bien llegó á resonar no pocas veces en sus bóvedas el eco de los clamores de guerra y si bien hasta sus mismas puertas llegaron los horrores de la batalla, sin embargo todos, suevos, alanos, ó godos, todos respetaron el humilde santuario del cual habia el rayo de los cielos arrojado la imagen de un falso dios como á un huesped indigno.

La santa religion del mártir del Moria halló siempre en aquel templo un altar, los cristianos siempre un refugio, los desgraciados siempre un consuelo.

Pero si esto habia sucedido hasta entonces, no le esperaba lo mismo en adelante.

En pocos meses los árabes se apoderaron de España y al llegar sus hordas á este punto de Andalucía, admiraron la belleza del sitio en que estaba edificado el templo y convirtiéndole en mezquita diéronle el nombre de *Rabida* que conserva aun y que equivale á *Eremitorio* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo sin embargo, apresurémonos á decirlo, estuvo este templo consagrado á mezquita.

Dos mozárabes que llaman las crónicas Ptolomeo y Teodoro y que dicen las mismas haber adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, trataron de restituirlo al culto del cristianismo y al efecto se presentaron al gobernador de Palos, cuya tolerancia era de todos conocida. Dijéronle que si intercedia con el rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, cuatro para el monarca y una para el gobernador por via de gaje y de remuneracion del valimiento que invocaban.

Pareciole bien el trato al gefe árabe é interpuso por lo mismo su influjo pa-

ra que se accediese á la propuesta, otorgándose finalmente á los dos mozárabes lo que pedían.

El templo entonces volvió á manos de los sacerdotes de Cristo, no habiendo conservado de los moros como recuerdo mas que el nombre, así como conservaba de los godos parte del edificio y de los romanos la tradicion.

Desde entonces, la Rabida desaparece, arrastrando una vida oscura en su mision de templo cristiano, hasta que la volvemos á encontrar á fines del siglo XIII en manos de unos ilustres y célebres huéspedes.

Los Templarios.

Los Templarios! Hé ahí un nombre que conserva gratos recuerdos, un nombre que brilla esplendente en la historia de la guerra, en la de la civilizacion de los pueblos, en la de nuestra época caballerésca y tambien en la de las comunidades religiosas.

Ya que es así, ya que hemos tropezado con ellos, ya que cumple asimismo al objeto de esta obra, digamos algo de los Templarios.

Con decirlo llenaremos un vacío que á no ser así se encontraría en estas páginas: cumpliremos con un deber respecto á la tarea que nos hemos impuesto y satisfaremos un deseo del corazón.

IV.

LOS TEMPLARIOS.

CUANDO mas en su fuerza y vigor estaba el sistema feudal, cuando mas fieros estaban los nobles en el interior de sus castillos cuyas puertas guardaban

constantemente sus soldados y su verdugo, empezó á correr como rumor valido entre el pueblo que llegados eran los mil años mencionados en el capítulo veinte de las revelaciones, y que de un momento á otro deberia aparecer para juzgar al mundo el Cristo en la Palestina.

Esto hizo que se emprendieran innumerables peregrinaciones á los lugares santos, donde habia ido hasta entonces solo de cuando en cuando algun pobre romero lleno de fé ó algun poderoso noble á quien, por algun grave pecado, le ordenara una peregrinacion al oriente el representante de Cristo en la tierra.

A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles y de la profanacion de los lugares en que cumplido se habian los misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monje que vivia solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistió el sayal de peregrino, empuñó el bordon y quiso ir á orar sobre el sepulcro de Cristo.

Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, el espíritu de Dios le habia iluminado.

Fué de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, de casa en casa, de reino en reino, y todos escuchaban con transporte sus palabras, y todos empezaron á mirarle como un enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la tierra santa, y el papa, los soberanos, los señores, los pueblos se sentian arrastrados por su palabra.

Dijoles que se levantaran y se levantarón, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron.

Fijo su pensamiento en la redencion de los lugares santos, huestes enteras partieron guiadas por el eremita en pos del triunfo ó del martirio, en busca del sepulcro donde yaciera el Salvador del mundo.

Este hombre que así ponía cara á cara una civilizacion con otra, que arrojaba el Oriente sobre el Occidente, era Pedro el ermitaño.

Mientras los primeros cruzados atravesaban la Alemania, el imperio griego é iban á dispersarse y á morir en el Asia menor, la nobleza feudal partía á las órdenes de Godofredo de Bouillon llevando en su valor, en su ardimiento y en su decision el germen de la victoria.

Esta sonrió á todo aquel puñado de héroes y coronó sus estandartes que victoriosos tremolaron en la santa Jerusalem.

Fué una gran epopeya que ha tenido ya su gran cantor en el infeliz amante de la duquesa de Ferrara.